

## LA LITERATURA, PALABRA Y MEMORIA

por Sofía Tinajero

Cuando era una niña de apenas ocho años, la biblioteca del colegio no era el espacio callado y serio del estudio constante y paciente, sino que se levantaba como el lugar que guardaba celosamente aquellos libros escritos de extraña forma. Más tarde me enteré que se trataba de la letra gótica escrita en alemán... letra que hasta el presente difícilmente alcanzo a comprender, pese a manejar el idioma germano.

No obstante, en aquella época no muy lejana, corríamos de un lado a otro buscando los libros mágicos que contenían códigos secretos, aquellos libros, en los que entre las palabras se formaban surcos que nos mostraban el mapa que nos llevaría al lugar secreto en donde se escondía un gran tesoro.

Recordar este juego de la infancia, en el que los libros poseían una extraña magia cautivadora me causa una sensación muy acogedora y entrañable. Ahora, cada vez que abro un libro, siento su aroma y me doy cuenta de que la magia sigue allí, esperando que la persiga, que juegue y baile con ella.

Y es que cada página guarda entre sus líneas los secretos de la humanidad. Cada libro es un espejo de la realidad, sin llegar a ser la realidad misma, como planteaba Platón al hablar de la caverna y sus sombras.

Una obra de arte nos remite, de una u otra forma, a la época en que fue creada. Sin embargo, ese es apenas el primer nivel de la obra, puesto que lo característico del arte es la atemporalidad, es decir, la vigencia permanente. Dicho fenómeno surge debido a que lo artístico implica lo meramente humano; la esencia de lo humano y de su condición siempre estará presente. Cambia la forma, pero su esencia perdura. De esta manera se da precisamente aquel reflejo del que hablamos, el mismo que atrae, cual imán, al lector.

Es maravilloso pensar que esa atracción se da por medio de un torrente de palabras. Palabras que nos conducen a representarnos mentalmente a un personaje, un lugar, una situación, en la que incluso podríamos estar envueltos. Es entonces cuando me pregunto, cómo podríamos leer sin palabras. Y si somos incapaces de hacerlo, tampoco podremos pensar sin ellas. Y es que el hombre es inherente al lenguaje, y por lo tanto, a las palabras. El ser humano tiene como esencia a las palabras. Tanto el mendigo, el gran empresario, el pensador, tienen como herramienta fundamental a la palabra. Si bien es cierto, las necesidades inmediatas son diferentes, pero en todas ellas está la palabra, la palabra como vehículo de expresión de las estructuras mentales. De otra manera no podremos explicarnos cómo, tanto quienes han sido educados formalmente, como quienes no han podido serlo, mantienen en general una

sintaxis y un léxico básico similar. Claro que en algunos casos se dan variantes que sin embargo, no afectan a la superestructura de la lengua.

Como aquí planteamos, las palabras son esencia e instrumento, y por lo tanto, manifestación. Dicha manifestación se da de diferentes formas, como a través de la ciencia, de la cotidianidad, del pensamiento filosófico, del arte... Dentro del arte, la "disciplina" que más goza de las palabras es la literatura.

La literatura nos permite compenetrarnos con la realidad que en muchas circunstancias nos asusta, nos intimida, y por lo cual, sentimos la necesidad de evadirla. Se produce una extraña relación del individuo con la realidad que le rodea, con esa realidad en la que él está inserto. Es una realidad en la que se contraponen: atracción y evasión. Pero las leyes físicas ya lo dicen: los polos opuestos se atraen. Estamos frente al vértigo; quien padece de vértigo, rechaza las alturas por el temor a caer, pero siente una especie de "enamoramamiento" hacia ellas; un "enamoramamiento" repulsivo. Y si decimos que la relación individuo-realidad es en definitiva la vida, podremos decir entonces que la vida es un vértigo continuo.

La literatura, frente a este vértigo continuo supone un acercamiento a la realidad, desde el arte. El arte de la escritura, o el de la creación de historias mediante la escritura conlleva un estado *katárquico*; el escritor se purifica al hacer arte a partir de sus preocupaciones; y el lector encuentra explicaciones, alivios, dudas, en definitiva, la vida durante la lectura.

Muchos dicen que la literatura no debe ser tomada como una moraleja, sino como arte. Yo no puedo prescindir de ninguno de estos dos elementos, puesto que se complementan: tenemos un qué, pero también un cómo. Al tratarse de arte, si hablamos del conocimiento de realidades mediante el arte literario, hablamos también sobre profundas preocupaciones humanas, es decir, de la esencia humana. He aquí la razón por la que se puede pensar en motivos de la literatura, más allá de que ésta sea del siglo XIII o XXI. Este fenómeno se da por dos cuestiones, fundamentalmente:

La primera es que si se trata de esencia humana, no resulta imprescindible remitirse a todos los tiempos. Los conflictos humanos son siempre los mismos. Varían de acuerdo a la época. No obstante, Medea, el Quijote, Hamlet, Augusto Pérez, Madame Bovary, Gregor Samsa, el Coronel Aureliano Buedía, Johnny Carter, Ilona, o el Señor Biswas se han cuestionado acerca de la existencia del ser, llegando incluso a angustiarse.

El segundo elemento que encontramos es la transtemporalidad del arte. Así, somos espectadores del diálogo que mantienen los textos entre sí, del diálogo entre María Iribarne y Medea, entre Felipe Montero y Pereira...

A lo largo de muchos años, lectores, escritores y críticos han llegado a la conclusión de que la literatura se ha convertido en la máxima expresión de la esencia humana. En realidad, es un espejo de nuestra vida. Muchos podrán increpar, "¡Pero es ficción!, ¡Nada más que ficción!"

Sí, aunque parezca una contraposición, a partir de la ficción, podemos construir un reflejo de lo que somos; tenemos ante nosotros la posibilidad de aprender y reírnos de nosotros mismos, de burlarnos, de criticarnos, de

justificarnos. La literatura se convierte en un universo paralelo que lo vemos como algo ajeno, pero sabemos que nos pertenece, porque estamos insertos en él.

Quizá haya quienes atribuyan esto a una suerte de embrujo o de magia. En cierta parte tendrían razón; no olvidemos que es una expresión meramente humana. Justamente esto es lo que ha llevado a muchos críticos a estudiar la obra literaria, internarse en el laberinto y descubrir qué se esconde en cada esquina, en cada recoveco.

Es de suma importancia el asomarse a las páginas literarias, más aún si estamos envueltos en un mundo en donde los sentimientos poco o nada interesan, un mundo que solo presta atención a cuán productiva y exitosa puede ser una persona dentro de una empresa. Por ejemplo, los autores Athos y Pascale definen los valores corporativos como “reglas o pautas mediante las cuales una compañía exhorta a sus miembros a tener comportamientos consistentes con su sentido de existencia (1) (orden, seguridad y desarrollo). Son propósitos supremos a los cuales la organización y sus miembros deben dedicar toda su energía”. Es decir, estamos rodeados de un pensamiento devastador, un pensamiento que anula la humanidad de la gente, convirtiéndola en una simple máquina de producción.

No podemos darnos el lujo de olvidar que los seres humanos llevamos con nosotros preocupaciones y sentimientos que llegarán a su fin, únicamente después de la extinción de la humanidad. Entonces, regreso a ver aquel anaquel de libros y me doy cuenta de que la literatura me despierta de ese mundo frío y me devuelve la vitalidad que aún poseo. Siento una necesidad cada vez más fuerte de leer palabra por palabra, cada una de aquellas páginas. De sentir su aroma, su textura, su sabor.

Es en la literatura en donde reencuentro los motivos de mayor persistencia en la vida humana: el amor, el otro, es decir, la alteridad, el conocimiento ligado al aprendizaje, el viaje, el sacrificio y la muerte. Entonces, siento alegría de que puedo sentirme viva, porque aún percibo dichas sensaciones, dicho conocimiento en mi cotidianidad, frente a cada persona que conozco.

Difícilmente podremos establecer categorías, niveles de importancia de cada uno de los elementos. Sin embargo, nos daremos cuenta de que nosotros mismos nos detenemos ante ellos en determinadas circunstancias, no se diga, los personajes literarios.

Sin embargo, todavía hay quienes no comprenden el porqué del arte. Yo respondo: no se trata de comprender, sino de sentir, de disfrutar. Es, por excelencia, el lenguaje del alma. Y por lo tanto, es de naturaleza cambiante. Lo que hoy recibimos de una manera, mañana se leerá de otra forma. Es el eterno juego de la polisemia; juego que no excluye ni tiempo ni espacio.

De esta manera es como una obra de arte, sea cual fuere su género, puede soportar siglos, sin que pierda valor; por el contrario, se enriquece con las nuevas lecturas que poco a poco construyen una gran pirámide. Es entonces cuando debemos recordar las palabras de Walter Benjamin, quien

habla del aura que rodea a una obra; es decir, la acumulación de un significado que se adjudica a la obra y que se trasmite a través de generaciones.

He aquí una metáfora de la perdurabilidad de las palabras; palabras que bien podrían esfumarse y flotar en el aire. Pero, cabe preguntarse entonces qué sentido tienen las palabras.

Así como la palabra hablada ha permitido consolidar culturas a través de su tradición oral, el lenguaje escrito ha concebido la eternización de un pensamiento que no podrá ser cambiado ni borrado, porque ha quedado escrito. Para el lenguaje escrito, no importa el paso del tiempo; permanece. Pero esto nos lleva a un punto, incluso más hondo: el tiempo, y con éste, la memoria.

La esencia del ser humano es la memoria, y sin ella, siente evaporarse, se desintegra; gracias a la memoria podemos decir que tenemos pasado. Ahora recuerdo cuando Rosa Montero escribía en su novela *Bella y oscura*:

*Para buscar a mi relato un principio, diré que mi vida comenzó en un viaje de tren, la vida que recuerdo y reconozco, y que de lo anterior tan sólo guardo un puñado de imágenes inconexas y turbias, como difuminadas por el polvo del camino, o quizá oscurecidas por el último túnel que atravesó la locomotora antes de llegar a la parada final.(2-3)*

Es decir que sin memoria no existimos. Y si extendemos esto al nivel social, sin memoria cultural, las tradiciones no se podrían heredar, la evolución sería imposible, puesto que todo es superación de lo anterior, pero si no existe este remitente anterior, nada Es.

En definitiva, la palabra y la memoria coexisten en una estrecha relación; cada vez que alguien dice una palabra, en ella resuenan otras palabras oídas o leídas. Cada palabra presupone otras palabras.

Entonces, solo queda un cómodo sillón, una taza de café y aquel libro que pronto será devorado. El lector se dispone a entregarse por completo, a caer poco a poco entre las páginas del libro. Todos buscamos, tarde o temprano, un libro con el cual podamos encontrarnos a nosotros mismos.

---

1. El subrayado es mío.

2. Rosa Montero, *Bella y oscura*, Barcelona, Seix Barral, 1999.

3. El tiempo no solo es asociado con el tren por la autora. El escritor argentino, Julio Cortázar, tiene un bello pasaje acerca de ello en *El Perseguidor*.